



LA TRAMPILLA DEL BOSQUE

Curicó, Mayo 2014

A Nerea, feliz cumpleaños (atrasado).

Incluso a 11000 km me llega tu sonrisa de luna llena.

Erase una vez en un reino muy lejano... En realidad, mirándolo bien, no estaba tan lejano, más bien estaba a la vuelta de la esquina. Es decir, si vas por la carretera de Ademúz todo recto, giras a la izquierda, luego a la derecha, das un par de saltos y haces la voltereta lateral, resulta que ya has llegado.

Total, lo que iba diciendo, que me pierdo... En ese reino no tan lejano, vivía una niña llamada Nerea. Vivía felizmente con sus padres en una granja al final del pueblo, justo entre el bosque y la panadería.

Era una granja pequeña, con unas cinco ovejas, dos vacas, bastantes gallinas (se movían tan rápido que no había forma de contarlas), y algún que otro pato despistado. También había tres caballos, aunque para efectos de esta historia vamos a centrarnos en uno en concreto. Se llamaba MasticaHierbas, Masti para los amigos; el mejor amigo de Nerea. De color marrón y pelo negro, un poco panzón y bastante vago, la verdad es que no era el mejor caballo de tiro, ni siquiera el segundo empezando por abajo de la lista. Le gustaba comer todo el día (de ahí su nombre) y estar tranquilito al sol. En cuanto volvía del colegio, Nerea salía con él a cabalgar, siempre cerquita de casa y sin entrar en lo profundo del bosque, como sus padres le decían. Otra cosa no, pero Nerea era muy obediente. Casi siempre.

Ese era el mejor momento del día para Nerea, cuando subía a lomos de su blanco corcel (que ni era blanco ni típico corcel) y salía galopando a luchar contra dragones inventados y brujas malvadas.

Siempre antes de las 20.00, volvía y ayudaba a poner la mesa. Después, a cenar y a dormir. Al día siguiente a clase, menos los fines de semana, por supuesto. Los días favoritos de Nerea, ¿de quién no?. Esos días, después de ayudar en casa y con los animales, podía ir a pasar la tarde con Masti a la colina, y tumbarse para hacer la siesta entre las cañas.

En eso estaba precisamente aquella calurosa tarde de finales del mes de junio. Se oía el zumbido de las chicharras, el sol teñía todo el campo de naranja, y el calor era intenso, del que se siente aplastando el pecho, y exprime los poros de la piel hasta que ya no queda más sudor.

Nerea estaba tumbada a la sombra de un pino, Masti andaba cerca masticando, como era lo suyo. Un sombrero de paja le cubría los ojos (a Nerea, no a Masti), pero no dormía, sólo remoloneaba con el duermevela que los días de calor acompaña a las manecillas del reloj a las

cuatro de la tarde. Sostenía una cañita entre los labios; al fin y al cabo, si Masti lo hacía todo el tiempo no podía ser tan malo. Claro que, por otra parte, Masti muy muy listo tampoco era. Pero era bueno, y alegre, y con eso a Nerea le valía. Ella pensaba que había dos clases de personas. Las que sí, y las que no. Las que sonrían cuando les sonrías, y las que no. Pero sobre todo, las que aman a los caballos, y las que no. El mundo no era tan complicado para ella, ya ves. Pero eso iba a cambiar.

En el sopor de la tarde un grito agónico proveniente del bosque arañó el aire y rompió la armonía de la tarde. Nerea se incorporó de pronto, y Masti corrió hacia donde se encontraba su dueña.

—¿Y eso que ha sido? —preguntó Nerea—. ¿Tú también lo has oído, verdad Masti? —Masti parecía más asustado que ella, así que la respuesta debía ser que sí.

—¿Tú crees que es un animal? —Masti buscaba el consuelo de su dueña golpeando su cabeza contra la espalda de Nerea—. Desde luego no suena como ningún animal que yo haya conocido.

Sabía que no debía internarse en el bosque sola, más sin haber dicho nada a sus padres. Algunas veces habían paseado por algún sendero que cruzaba el bosque, pero siempre con su familia, con muchas horas de sol por delante y sólo brevemente... El bosque estaba lleno de árboles centenarios que parecían abrazarse unos a otros con sus ramas, por lo que en algunos tramos era oscuro y húmedo, y daba cómo un escalofrío en la espalda pasear por allí. La gente contaba historias de fantasmas, de lamentos de difuntos cuyas almas se habían quedado atrapadas entre las espesas copas de los árboles, y que acechaban en la negrura del mismo.

—Quizás está herido, o en peligro, o igual ha sido algún caballo desbocado...

Masti miró a su dueña sin entender las palabras, pero percibiendo sus dudas y finales intenciones. Resoplando, intentaba empujar a Nerea hacia el camino a casa. Pero la curiosidad pudo más que la voz de la prudencia, que, por otra parte, era el nombre de una tía suya, la Pruden, que, dicho sea de paso, no le caía muy bien, porque siempre renegaba por todo y le tenía miedo a cosas estúpidas, como a los geranios en flor. En favor de la Pruden deberíamos contar que de pequeña vio como le caía un geranio con maceta y todo en la cabeza a un primo suyo, que nunca fue el mismo después de eso, y de ahí su miedo. Pero igualmente eso es otra historia.

El caso es que Nerea, montando a Masti, se adentró en el bosque por el camino conocido, donde los árboles no eran tan altos y el sol todavía llenaba todos los rincones. Masti, para mostrar su descontento, resoplaba y se paraba a masticar cualquier hierbajo que encontrara. A base de mucho insistir conseguía Nerea que le obedeciera... Paso a paso, iban entrando más y más en lo profundo del bosque.

Los árboles rugosos con hojas verde manzana dieron paso a otros retorcidos y amenazadores, con troncos oscuros y sombreados, de ásperas ramas puntiagudas, algunas desnudas, otras tan densas que no podías saber que oscuros secretos se escondían entre ellas. Ojos amenazadores observaban el paso cauteloso de Nerea y Masti. Los ruidos de animalillos del bosque se apagaron en un silencio sólo roto por el ulular fantasmagórico del viento, donde Nerea creía oír susurros de otros seres.

La luz del sol se difuminaba poco a poco, y en su lugar una niebla surgida de la nada alfombraba el bosque. Llegaron a un pequeño claro, casi un círculo perfecto, donde la hierba era escasa, y las raíces de los árboles que sobresalían de la tierra dificultaban el paso de Masti.

Cuando un búho ululó, Nerea dijo: "Vale, ahora sí que me ha dado repelús"; Mejor nos volvemos Masti, y oye, mira, lo siento mucho por el bicho que se quejaba, nosotros lo hemos intentado"

Dio la vuelta por donde había venido, y dejó que Masti le guiara. El ruido de los cascos del caballo era amortiguado por la tierra húmeda y el barro, pero de pronto, justo antes de salir del claro, resonaron contra algo duro. "Toc, toc, toc".

—¿Qué ha sido eso? —Si hubiese podido hablar, Masti hubiese dicho, "Nada, nada, he sido yo que me he atragantado con una mosca cof, cof" y hubiese fingido una tos. Siendo un caballo, no podía decir nada, por lo que se limitó a relinchar, y a seguir andando, lo que hizo que se repitiera el golpe de sus herraduras traseras contra la superficie dura del suelo "Toc, toc,toc"

—¿Ves? — erea paró, y bajó de su montura con un saltito lleno de gracia de amazona.

Lo que había causado el ruido contra las patas de Masti resultó ser una tabla de madera disimulada bajo una fina capa de tierra seca. Nerea se arrodilló y limpió la superficie de la tabla... "¿Pero qué es esto?"dijo, al descubrir que la tabla tenía una argolla de hierro, y era totalmente cuadrada."Una puerta, una trampa". Masti relinchaba y golpeaba suavemente a Nerea con su

hocico, para decirle "Vámonos, vámonos". Nerea, sin embargo, lo apartó suavemente. ¿He dicho ya que Nerea era una niña curiosa? Pues, por si no lo he dicho, lo digo ahora. Nerea era una niña curiosa. Así que tiró de la argolla, descubriendo que la trampilla no era pesada, ni mucho menos, y la abrió hasta el tope.

—¡Una escalera! ¡Una escalera secreta en medio del bosque! —Al pobre Masti le iba a dar un pasmo de un momento a otro. La puerta había descubierto una escalera de madera, tosca pero a todos signos robusta.

Hay un momento en la vida en que todos dudamos si poner el pie hacia delante, y dar un paso, o dejarlo quietecito donde está. Ese fue el momento para Nerea. Su pie izquierdo remoloneaba haciendo círculos con el tobillo, y el derecho se aferraba fuerte al suelo, concentrando todo su peso, resistiendo el impulso.

—¿Cara o cruz? —dijo Nerea, y buscó una moneda en su bolsillo. Resulta que no tenía ninguna, porque había gastado toda su paga en un bocata de lomo con patatas y huevo el día anterior, en el almuerzo del colegio. Encogiéndose de hombros, dijo "Bueno, pues como no hay moneda, bajo igual".

Si alguien hubiese estado observando en ese momento, hubiese visto a Masti cerca del desmayo, pero nadie miraba, ni siquiera Nerea, que ya había comenzado a bajar los escalones. Menos mal que guardaba una linterna en la mochila de cuero, porque una vez bajó cinco escalones ya no veía nada. La escalera desembocaba a un túnel lo suficientemente alto para que no tuviera que agacharse, aunque si extendía los brazos podía tocar las paredes a la vez.

Únicamente diez escalones, y llegó al final de la escalera. Ante ella seguía un túnel de la misma altura pero un poco más ancho. No se veía el final, de hecho no se veía más allá del haz de luz de la linterna de Nerea. Las paredes eran de tierra pero estaban apuntaladas con estacas y travesaños. Visto desde fuera, no parecía muy profesional, pero a Nerea en ese momento le pareció toda una obra de ingeniería.

Había dejado arriba a Masti, sin atar, porque sabía que podía confiar en él, jamás se iría sin ella. "Además", pensó, "es sólo ver un poco, enseguida vuelvo..." Seguía avanzando por el túnel recto, que monótonamente se extendía delante suyo. ¿He dicho ya que Nerea era curiosa? Sí, es verdad, era curiosa, pero Nerea también tenía otra característica... Y es que se aburría de las cosas

con facilidad. No quiero decir con esto que era caprichosa... Bueno un poco quizás, pero me refiero a que las cosas que continuaban igual por mucho tiempo le adormecían. Abrazaba la novedad pero se cansaba si las cosas se quedaban quietas. Igual por eso le costaba estudiar un poco, eso de quedarse mirando un libro, con letras ya escritas, donde no pasaba nada... Cuando afuera por la ventana se veía todo un mundo que recorrer...

Sea como fuere, la aventura del pasillo oscuro pronto le pareció aburrida, porque total, si no se acababa nunca, ¿qué sentido tenía llegar hasta el final? Su madre había hecho tarta de natillas de postre, recordó. "Mmmmm, mejor me doy la vuelta." Justo en eso pensaba cuando lo volvió a oír, más débil que la primera vez pero audible, el quejido que le había llevado al bosque en primera instancia.

Y sí, lo habéis adivinado, venía del fondo del pasillo.

Un escalofrío partió raudo y veloz desde la punta de su dedo gordo del pie hasta la raíz de su pelo color miel, y Nerea sintió frío y miedo. Y hambre. Pero el hambre era lo de menos. Nerea se dio la vuelta y empezó a andar rápido hacia la salida.

Cuando te encuentras andando rápido en un lugar oscuro hacia la salida, tienes frío, y tu única luz es una linterna, irremediablemente tienes ganas de correr. Porque el cuerpo te lo pide; eso es así. Y a puntito estaba de echar a correr, cuando Nerea oyó otra vez el sonido, que sonó más que nunca como un lamento. Un quejido de animal herido, que recibieron los oídos de Nerea y fue comunicado al cerebro por impulsos eléctricos, y que sus neuronas se encargaron de transformar en una luz roja, "Alguien, o algún animal, necesita ayuda". Nerea, con el canguelo todavía en el cuerpo, pensó que no podía dejar el animalito allí, sólo en la penumbra y herido.

Sin mover sus talones, dio un giro de 180 grados y se encaró al pasillo oscuro. Cogió su miedo y lo guardó en una cajita en su corazón, tragó saliva, tragó más saliva, resopló, y volvió sobre sus pasos, adentrándose en la oscuridad del pasillo.

Como no tenía reloj, no sabía cuánto tiempo llevaba ahí abajo, ni cuánto tiempo de luz quedaría arriba. Ya volvían a asaltarle las dudas cuando, al final del pasillo, vio una puerta de madera. Había llegado demasiado lejos como para rendirse ahora, así que avanzó con fingida decisión hasta la puerta y levantó el puño para golpear y llamar. Se arrepintió a mitad camino, y apoyó su orejita en la puerta, con la esperanza de oír algo revelador a través de los tablones.

Al otro lado de la puerta, despacio pero constantemente, se oía un ruido extraño, como un pato afónico intentando imitar el sonido de un gato.

"¿Que será eso?" Nerea seguía apoyada en la puerta, y tanto quiso arrimarse que la puerta venció y se abrió con un crujido. Sólo unos centímetros, pero lo suficiente para que viera dentro una estancia con una chimenea y una alfombra trenzada de colores. La pata de una mecedora asomaba desde una esquina y en la repisa de la chimenea se adivinaba un jarrón. Parecía una casa normal. No había llegado hasta allí para pararse, así que abrió más la puerta arrastrando la última vocal: "Holaaa? ¿Hay alguien ahí?"

Nadie contestó, así que se sintió libre de seguir empujando la puerta. La estancia era mediana, no demasiado alta pero lo suficiente para estar de pie. El fuego ardía calentado la habitación, y una luz cenital llegaba desde el techo. Nerea supo que todavía era de día por ello, y se tranquilizó. Como si nada malo pudiera pasar durante el día.

Súbitamente, Nerea tuvo la sensación de no estar sola. Había alguien en la habitación con ella. O algo. Oía su respirar, pausado, entrecortado, casi agónico. Respiró hondo, y muerta de miedo, dijo: "No te tengo miedo, sal para que pueda verte". Lo había visto en una película y al protagonista le había salido bien. Nerea rezó para que también le funcionara a ella.

Nada ni nadie contestó, por lo que, lentamente, se dio la vuelta, esperando encontrar por lo menos una bruja piruja a su espalda. Sin embargo no vio a nadie, en un primer momento. Siguió el sonido de la respiración, y entonces lo vio.

Debajo de la mecedora, acurrucado y cubierto por una capa de pieles, había un niño.

De pelo enredado y castaño, el niño temblaba, a pesar de estar recubierto con la piel del algún animal. Nerea, todavía muerta de miedo, dio un paso hacia él, que pareció percibir entonces por primera vez su presencia, y, girando su cabeza empapada en sudor, miró a través de unos ojos vidriosos a Nerea.

—¿Mamá? —dijo con voz temblorosa.

—No soy tu mamá, soy...soy Nerea. ¿Estás enfermo? ¿Dónde está tu mama?

—Mamá...—volvió a llamar el niño lloroso.

Nerea perdió el poco miedo que le quedaba y se acercó al niño, para descubrir que era más mayor de lo que ella había pensado, quizás unos 9 o 10 años. Le tocó la frente y vio que estaba ardiendo.

—Tienes mucha fiebre, ¿dónde está tu mamá? ¿Tienes medicinas?

—Mamá...

Nerea sabía que tenía que hacer algo. Seguir ahí parada como en estado de congelación no era una opción. "Cuando la vida te presenta problemas, tienes que buscar soluciones", le pareció escuchar a su padre. "A lo peor, si al final resulta que te has equivocado en la solución, por lo menos lo habrás intentado". Vamos, por resumir, uno no puede esperar que pasen cosas, tiene que provocarlas. Así que Nerea hizo algo, lo que mejor le pareció en ese momento: correr.

Salió de la extraña habitación corriendo, y corriendo recorrió el pasillo, con la linterna en la mano. Corrió todo lo rápido que pudo, intentando no caerse pero tropezando varias veces, hasta que al final del tembloroso haz de su linterna vio las escaleras.

Subió corriendo de tres saltos, y abrió de golpe la trampilla de madera, dando un buen golpe contra el suelo. Así como una exhalación apareció ante el pobre Masti, que casi sufre un patatús de muerte.

—¡¡¡¡ Hiiiiii!!! —relinchó asustado Masti, trotando torpemente hacia atrás cuando oyó el pum de la trampilla. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era Nerea que había salido de ese agujero del suelo y no un topo, a los que secretamente tenía pavor.

—Brrrrr —resopló refunfuñando, pero aliviado, al ver a Nerea salir sana y salva de aquel agujero del suelo del que no podía salir nada bueno.

Nerea, se subió casi de un salto en el lomo de Masti, que inmediatamente notó la urgencia, y se puso a cabalgar a lo máximo que daban sus cansadas y chambonas patas.

—¡Rápido, rápido, Masti!

Así, a galope y con las crines al viento (tanto las de Masti como las de Nerea), cabalgaron entre las raíces retorcidas del bosque y a través de arbustos, hasta salir del bosque y encaminarse

a su granja. El sol hacía rato que se había convertido en una línea tenue en el horizonte, tiñendo los paisajes de naranja y viola.

En apenas lo que dura un estornudo, o quizás un par, llegaron a la puerta principal de la casa, donde les esperaba la madre de Nerea . Estaba leyendo un libro pero Nerea sabía que le iba a regañar, porque tenía prohibido volver a casa después de que anocheciera.

—¡¡Mamá, Mamá!!

—¿Qué ocurre Nerea? ¿Qué pasa? —respondió alarmada su madre ante la angustia detectada en la voz de su hija.

—¡Mamá, mamá, mamá! —intentó explicarse Nerea, a la vez que luchaba por recuperar el aliento.

—¿Pero qué? ¿Qué pasa? ¿Te has caído?

—Mamá he encontrado un niño solo en el bosque, un niño que está enfermo, tiene mucha fiebre...

—¿Cómo? ¿Dónde? —Mientras hablaba M^a José (así se llamaba la madre de Nerea), entraba en la casa en busca del botiquín y una manta, para ir en busca del pequeño.

—Sí, estaba al fondo del túnel —empezó a contar Nerea.

—¿Túnel? —dijo M^a José levantando una ceja y parando de repente— ¿Qué túnel? No hay ningún túnel por aquí...

En ese momento entraba por la puerta el padre de Nerea, que venía de comprar en el pueblo.

—¡Hola, hola! —con el último hola se dio cuenta que algo pasaba— ¿Qué ocurre?

—Papá, Papá, hay un niño enfermo en el bosque...

—Espera un momento ¿dónde dices que estaba Nerea? —intentaba entender su madre.

—Es que, cuando estaba en el bosque oí un grito, y entré en el bosque, y al principio no sabía de dónde venía...

—¿Entraste en el bosque tú sola? Nerea sabes que no puedes...

—Papá ya lo sé pero no te enfades es que oí este grito...

—¿Y nos desobedeces sabiendo que lo tienes prohibido?

—Un momento, Manolo, déjale acabar —terció M^a José— ¿Dónde has dicho que está ese niño?

—Está en una habitación al final del túnel que encontré debajo de la trampilla en el claro.

M^a José y Manolo se miraron sin entender nada

—¿Dices que has encontrado un niño en una trampilla en el bosque? —preguntó todavía arqueando una ceja, su madre.

—¡Sí! Está enfermo y su mamá no aparecía...

—Nerea, ¿no te estarás inventando esto porque has llegado tarde verdad? ¿No será una excusa? —replicó su madre.

—Que noooo, que noo, que hay un niño —se lamentó Nerea. Tenía ganas de llorar, sus padres le miraban incrédulamente y ella solamente podía pensar en aquel niño que llamaba a su mamá.

—Pero Nerea, hija, ¿Cómo va a haber una trampilla en el bosque? ¿Cómo va a haber una habitación bajo tierra? ¿Tu te estás escuchando? Hija, ¿no te habrás dormido cuando estabas en la colina? —resopló su padre.

—¡No! Bueno, un poco, pero...

—Cariño, lo has soñado, has tenido una pesadilla... —sentenció aliviada su madre.

—No, no, es de verdad, no lo he soñado... —Nerea no pudo retener más las lágrimas y comenzó a llorar de impotencia.

Sus padres se miraron, no sabiendo muy bien qué hacer.

—Está bien, voy a ir a dar una vuelta al bosque. ¿Dónde dices que estaba? —concedió al fin su padre.

—Estaba en el bosque, en el claro que hay en medio, al lado de un árbol así muy grande...

—Nerea no hay ningún claro en medio del bosque...

—¡Sí, sí lo hay! —Esta vez gritó de la rabia— ¿Por qué no me creéis?

—¡Vale, vale, fiera! Mira, voy a ir a ver si encuentro la trampa esa que dices, ¿Cuánto has tenido que internarte más o menos para encontrar al niño?

—Voy contigo y te lo enseño —dijo esperanzada Nerea.

—No, no vienes conmigo, es de noche y sabes que el bosque es peligroso.

—¡Pero así no lo vas a encontrar!

—Claro que sí, explícame a qué altura has entrado al bosque.

Sabiendo que tenía la batalla perdida, Nerea explicó como buenamente pudo cómo había llegado hasta el claro. Su padre cogió el botiquín, agua y una manta, y se subió a su caballo para ir a buscar al niño perdido

Cuando se fue, M^a José le dijo a Nerea, "Anda, báñate y luego cenas". Nerea obedeció a su madre, aunque no tenía ganas de cenar. Así de preocupada estaba, que se le había quitado hasta el hambre. Tenía la sospecha de que su padre no encontraría al niño. Cuatro horas más tarde volvió su padre, sólo.

Nerea esperaba acurrucada debajo de una manta en el sofá, no había querido irse a dormir.

—¡Papá! —gritó nada más lo vio cruzar el portal

—No he encontrado nada Nerea, ni siquiera el claro...—suspiró su padre— Princesa, yo creo que lo has soñado...

—¡Nooooo! ¡No lo he soñado!—exclamó mientras las lágrimas se escurrían por su mejillas.

Su madre acercó una mano para intentar consolarla pero Nerea la rechazó y salió corriendo a su habitación. Se quedó llorando sobre la cama, hasta que el cansancio le venció y se durmió.

Se despertó al día siguiente antes incluso del amanecer. Había tenido pesadillas durante toda la noche. Se levantó envolviéndose en una manta y miró por la ventana, que daba hacia el bosque. Pensó en ese pobre niño que llamaba a su mamá. "Seguro que al final ha ido su madre", le dijo a Patitas, la vieja gata persa de la familia que acostumbraba a dormir con ella. Lo dijo, y al pronunciar las palabras en voz alta supo que se equivocaba.

"Estará solo..". Una vez más Nerea pensó: "Tengo que hacer algo". Se vistió y bajó las escaleras silenciosamente, consciente de que sus padres todavía tardarían un par de horas en despertarse... Cogió de encima de la mesa la bolsa que su padre se había llevado el día anterior en su infructuosa búsqueda y salió a hurtadillas.

En el establo Masti dormía, pero el también tenía pesadillas porque Nerea vio sus aspavientos y gestos. Se acercó despacio, para no volver a asustarlo, y susurró mientras acariciaba su nervudo cuello, "shhhh, Masti, despierta, tienes una pesadilla, todo está bien".

Masti abrió los ojos y se tranquilizó al ver a su querida dueña acariciándole. En reconocimiento, le frotó con su cabeza. Tras darle una manzana como desayuno, y comerse otra ella, ensilló al jamelgo y juntos salieron en dirección al bosque.

La noche cerrada había pasado, aunque todavía no asomaba el sol en el horizonte. Hacía mucho frío, y Nerea deseó haberse abrigado algo más. Volvieron exactamente al lugar cerca del pino por donde se habían adentrado en el bosque.

De allí, Nerea susurró al oído de su fiel amigo, "Llévame donde ayer". Masti, que no entendía los relinchos raros que Nerea hacía, supuso que le estaba pidiendo algo, pero no supo el qué. Hizo lo único que se le ocurrió, que fue volver al sitio singular donde habían estado el día anterior.

Nerea se dejó llevar, intentando darse cuenta de por dónde iba pasando, identificando cierta piedra con forma distintiva aquí y allá, tal o cual árbol con un tronco especial... Al cabo de menos tiempo del que Nerea esperaba, llegaron al claro. Bajó de Masti y se dirigió a la trampilla, que ahora se veía más claramente sin la tierra del día anterior.

Se cargó la alforja de su padre con las medicinas y la manta al hombro y bajó por la escalera. Cuando llegó al final del pasillo, llamó a la puerta. Nadie le abrió, y Nerea decidió entrar.

—¿Hola? —entró, mirando esta vez directamente al suelo.

Allí seguía el pobre niño, todavía encogido en su manta de pieles. Nerea se arrodilló a su lado, y lo intentó despertar.

—¿Mamá? —llamó.

—Eso mismo digo yo, ¿dónde está tu mamá? Venga ponte de pie, te voy a meter en la cama.

Apartó la mecedora y lo intentó levantar. Pesaba mucho para ella, pero al final consiguió levantarlo, y abrió una de las puertas de la estancia. Tuvo suerte, allí había un dormitorio. Medio arrastras consiguió llevarlo hasta la cama, y allí lo acostó . Le dio agua, y le hizo tragar unas pastillas que su padre había dispuesto en el bolso. Menos mal que su madre era previsora, y siempre apuntaba la dosificación en la caja. " Tienes que tomar una cada 8 horas, ¿eh?" El niño deliraba y farfullaba en sueños. "No te estás enterando de nada, pero yo me tengo que ir antes de que se levanten mis padres..."

Dejo la botella de agua y las pastillas en la mesita. Antes de irse busco un papel y un bolígrafo, y apuntó, "Volveré luego".

En menos de lo que cuesta contar hasta veinticuatro, llegó Nerea a casa otra vez. Oyó que su madre andaba por la cocina (siempre se levantaba al alba) . Con mucho cuidado subió la escalera, intentando amortiguar los sonidos de la madera crujiendo, y se metió en su cuarto. Patitas dormitaba en su cama, y maulló con reproche cuando Nerea se dejó caer sobre el colchón. Esperó lo que a ella le pareció una eternidad, que en realidad fue una hora, y bajó a desayunar.

—Buenos días cariño... ¿Cómo has pasado la noche? Uys,¿ya te has vestido?

—Sí, no sé... No he dormido muy bien mamá.

—Lo sé, lo sé. Escucha, ¿quieres que ahora cuando se levante el papá vayamos todos a buscar ese claro?

—Bueno, vale...

Esperaron pues a que se levantara su padre, y sobre las diez salieron todos a cabalgar. Llegaron al bosque, y Nerea intentó que Masti guiara a los otros caballos. Pero Masti no estaba

acostumbrado a guiar, y mucho menos a pasear con Azabache, el caballo del padre de Nerea. Era Azabache un alazán negro y joven, impetuoso, que estaba acostumbrado a mandar y no veía con buenos ojos que esta vez fuera Masti el que encabezara la marcha. Menos aún que se luciera delante de la yegua parda de M^a José, Rosita, que andaba parpadeando y moviendo sus crines. No sabía Azabache que Masti hacía tiempo que no estaba interesado en nada más que en comer y pasear con Nerea.

Azabache luchaba a cada paso por adelantar a Masti, y éste lo dejaba, entreteniéndose en masticar hojas de todos los apetitosos arbustos que encontraba. Al mediodía, después de tres horas rondando por el bosque, decidieron volver a casa. Sus padres intentaban consolarla, diciendo ora que el niño probablemente se habría ido a su casa con su madre, ora que Nerea lo había soñado todo. Ella no les escuchaba, sabía que todo era verdad y que la trampilla estaba en algún rincón del bosque.

Al día siguiente Nerea tuvo colegio, pero como eran los últimos días de clase, acabó a mediodía. Comió todo lo deprisa que pudo y le dijo a su madre que iría a pasear con Masti.

—¡Me voy a pasear mamá!

—¿Tan pronto? Pero si son todavía las tres... Nerea, ¿no irás a buscar ese sitio tú sola, verdad?

—No, mamá, de verdad que no, te prometo que no me voy a meter en el bosque sin avisaros...—Nerea notó como se le hizo un nudo el estómago. Serían todas esas mentiras agarrando con cuerdas sus tripas. Su madre, aún sabiendo que Nerea iba a desobedecerla, la dejó salir. Pensó que simplemente pasearía por la primera parte del bosque, hasta que se convenciera de que todo había sido un sueño.

Llegó al bosque a lomos de Masti en menos de lo que se tarda en silbar la canción de cumpleaños feliz. Se adentraron una vez más por el camino que ya conocían. Para asegurarse de no volverse a perder, Nerea fue atando en cada lugar singular del camino una cinta roja, de forma que pudiera indicar a sus padres el camino la próxima vez. Masti no tuvo problemas en volver al claro, sin sentir la presión de Azabache a su lado.

Tardaron en total un poco más de la cuenta, pero llegaron al final. Nerea bajó por la trampilla y el túnel hasta llegar a la puerta. Llamó y esta vez oyó ruido en su interior. La puerta se

abrió, y ante ella apareció el niño. Tenía todavía muy mala cara y el pelo revuelto. Nerea se dio cuenta de que debía ser más grande y más mayor de lo que había pensado en un principio.

—Hola, dijo Nerea —y noto su cara volverse tornasolada.

—Hola —El chico franqueaba la puerta como evitando que Nerea mirara en el interior. Parecía tímido y dudoso. La miraba con cierta desconfianza, mientras se rascaba el brazo. Al final pareció decidirse y dijo— Pasa.

Se encontraron en la estancia de la mecedora, donde ardía el fuego. Durante unos minutos ninguno de los dos supo que decir, hasta que los dos hablaron a la vez:

—¿Cómo..?

—Gracias..

Los dos callaron,

—¿Cómo estás? —dijo al fin Nerea.

—Mejor, supongo. Gracias por las pastillas —y una leve sonrisa se asomó a su rostro pecoso.

Nerea bajó la vista a su pie izquierdo, que trazaba círculos en el suelo. Quería preguntarle dónde estaba su familia, y porqué vivía en un agujero en medio del bosque. Pero en lugar de eso, le dijo:

—He traído merienda.

El rostro todavía pálido del pecoso se iluminó ligeramente, y Nerea sacó de su bolsa unos panquemados y chocolate. Se sentaron en el suelo sobre la alfombra al lado de la chimenea y se comieron en silencio sus dulces. Al primer bocado, la cara del enfermo se iluminó.

—¡Esto está buenísimo! Es... Es como un pan dulce...pero diferente... ¡Qué bueno!

—Los hacen en el horno del pueblo...

El chico siguió comiendo a grandes bocados el panquemado y el chocolate. Nerea lo miró y por fin se atrevió a decir:

—Yo soy Nerea, ¿y tú?

—Sisco —dijo con la boca llena de chocolate y panquemado. Le miró de pronto con curiosidad y preguntó— ¿Cómo me encontraste?

—Pues... Estaba en la colina, fuera del bosque, y oí un quejido. Pensé que podía ser un animal herido y fui a ver... Entonces llegué no sé muy bien cómo al claro. Ya me iba a volver cuando sonó la madera de la trampa contra los cascos de mi caballo...

—¡Ala! ¿Tienes un caballo? —Los ojos de Sisco se habían hecho grandes como balones.

—Sí, se llama Masticahierbas—y Nerea sonrió tímidamente.

—Buaalaaa qué pasada —y mientras volvía a prestar atención al panquemado, le dedicó de vuelta la primera sonrisa completa. Pareció relajarse un poco más y le dijo— Debiste oírme por la michena.

—¿La qué?

—La michena —y señaló a la chimenea—. El tubo del humo recorre bastante distancia, y sale casi al final del bosque. —Pareció dudar de lo que seguía pero al final, con una sonrisa picara dijo— A veces le gasto bromas a la gente y cuando sé que están por las lindes del bosque paseando, hago ruidos de fantasmas. ¡No veas cómo me rio! Lo malo es que no puedo verles las caras... ¡Ey! Un día podrías quedarte tu aquí haciendo ruidos, y yo me escondo en la linde para ver qué cara pone la gente...¡Debe ser para quebrarse!

Nerea le miró mientras él seguía contando sus bromas, y pensó: "Es raro, pero sonrío cuando le sonrías y le gustan los caballos..." Y eso en su escala de medición de personas equivalía a pertenecer al grupo de sí. Pasaron unos minutos más y cuando Sisco estaba chupándose los dedos del azúcar que se le había quedado pegado, Nerea por fin se atrevió a preguntar:

—¿Vives aquí solo?

Sisco no contestó, siguió mirando sus dedos. De repente empezó a toser forzosamente.

—Me encuentro mal. Creo que voy a volver a la cama.

Nerea se levantó, y recogió la alforja de su padre. Cuando iba a salir por la puerta, con toda la sensación de estar siendo echada de un sitio, oyó a sus espaldas:

—¿Volverás mañana?

Nerea le miró, y asintió con la cabeza. La media sonrisa del pecoso se volvió a asomar a la comisura de sus labios, y fue lo último en que se fijó Nerea cuando cerró la puerta.

A partir de ese día, Nerea comenzó a visitar a Sisco a diario. Siempre que podía, le llevaba algo de comer, leche, huevos, o algo dulce. Incluso empezó a guardar la merienda que le ponía su madre para dársela a él. Todos los sabores parecían nuevos para Sisco. En una semana, él empezó a encontrarse mejor y comenzaron a charlar un poco más.

Así supo Nerea que vivía solo en el agujero, como Sisco lo llamaba, desde hacía unos meses, porque su madre había muerto. Se lo dijo así, sin más, entre bocado y bocado al bocata de chorizo. Nerea no supo que responder, así que no dijo nada. No preguntó ni cómo ni cuándo, ni si tenía más familia. No obstante, las preguntas hervían en la cabecita de Nerea, sin que se atreviera a decirlas. De haberse atrevido, tampoco hubiese podido, porque Sisco no paraba de hablar. Le recordaba un poco a su tía Loli, que siempre enlazaba una palabra con otra sin respirar. Nerea estaba segura que si su tía participara en un concurso de buceo a pulmón, ganaría, porque estaba acostumbrada a hablar durante horas sin tomar aliento. Aunque Sisco no llegaba a tal extremo, si que le hacía mil preguntas sobre lo que él llamaba "el mundo exterior": sobre su casa, sobre el colegio, sobre el pueblo...

Habrían pasado unos diez días desde que se conocieran. Nerea llegó una tarde con la consabida merienda y se sorprendió al entrar en el claro. Sisco estaba fuera, sentado al sol en la escasa hierba, esperándole.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—¡Hola! Estaba hasta el puño de estar en casa... ¿Vamos al río?

—Estarías hasta el gorro, en todo caso... —corrigió Nerea— ¿Al río? Pero no deberías bañarte, todavía tienes tos..

—Baahhh que va, estoy ya bien —y la última ene se disimuló entre el ataque de tos— "Cog cog cog". Ehhh, eso no es tos, es que me he atragantado —dijo Sisco, orgullosamente.

—¿Ah sí?¿Te has atragantado? ¿Con qué, si puede saberse, si no estás comiendo?

—Con una mochuela, que pasaba por aquí, y he dicho, por si acaso Nerea se olvida la merienda —se rió de su propia ocurrencia y, de paso, le guiñó un ojo. Nerea también se rio.

—Te lo inventas todo..¡Mochuela, esa palabra no existe!

—¿Cómo que no existe? ¿Una mochuela? —Sisco ponía cara de incredulidad— Ese bicho negro con alas que hace zuuummmm, si hay hasta un dicho, "Mochuela que vuela, a la cazuela con ella"

—¡Qué van a decir eso! —Nerea se reía a carcajadas. Sisco siempre hablaba así, era una de las cosas que más le divertían de ir a verle: hablaba raro. Me explico, sus palabras y refranes eran raros. Inventados. Muchas cosas tenían otro nombre para él, y siempre decía dichos extraños.

—Bueno, ¿quieres o no quieres ir al río? —sentenció Sisco.

—Bueno si, vamos, pero sólo a pasear...

—A pasear... Pasear es un rollo. En todo caso vamos a pascar.

—A pescar

—Eso he dicho, a pascar.

—No, tú lo dices con "a", es con "e"

—¿ A pascer?

—¡Nooooo!

—¡No hay quien te entienda! Vamos y ya está —dijo Sisco, recogiendo del suelo su caña. De pronto pareció tímido, y se puso un poco rojo. Sólo un poco porque entre tanta peca tampoco se apreciaban mucho sus mejillas— Puedo... ¿Puedo tocarlo? —y señaló a Masti.

Masti, levantó las orejas cuando vio acercarse hacia él a ese nuevo ser que relinchaba con su dueña. Había salido del agujero. ¿Sería un topo maligno? ¿Un topo disfrazado? Masti no terminaba de fiarse de él. Pero Nerea lo acompañaba. Cuando llegó a su lado, ella se acercó y le cogió la mano, para ponerla en su hocico. Masti se quedó muy quieto, pero si su dueña lo tocaba

sería porque no era peligroso, esa nueva mascota. Masti se acordó de la primera vez que vio a Patitas, tampoco le gustaba mucho, pero si Nerea lo elegía debía ser bueno. Así que se dejó hacer.

Sisco sonreía de oreja a oreja.

—¿Quieres montarlo?

Sisco cambió su sonrisa por cara de susto.

—Ehhh, no, no, otro día, que si no se nos va hacer tarde para ir al río.

—Jijiji, ¿le tienes miedo?

—¿Miedo? Será medio...

—¿Cómo medio? Cuando te asusta algo se dice "miedo"

—Supongo, si tu lo dices —pero con el dedo gesticuló en círculos al lado de su frente para decir que Nerea estaba loca.

Sisco iba enseñándole a Nerea por el camino los árboles y arbustos, indicando cuales podía comer y cuáles eran venenosos, cuáles servían para infusión y aliviaban el dolor de cabeza, o qué hierbas poner en una cataplasma.

—Y esto de aquí es una gártiga. Ten cuidado no la toques, que luego pica... Pero si la haces en infusión te hace fuerte por dentro y evita que te pongas malo... Eso decía mi madre.

—Tu madre sabía muchas cosas... —dijo Nerea intentando introducir el tema.

—Sí, era super lista. Con un chitelo y un caliate , reparaba cualquier cosa.

Nerea miró al suelo y jugando con una flor en su mano, dijo:

—Sisco...Cuéntame...

Pero no termino su frase, porque Sisco había salido corriendo.

—¡Ya estamos! ¡Ya estamos!

Llegaron a un recodo del río que Nerea no conocía. De hecho, no sabía que el río del pueblo pasaba por en medio del bosque. El río llegaba de las montañas, y en ese paraje hacía un

recodo, creando un remanso de agua semejando una piscina natural. Nerea se acercó al agua y la tocó.

— ¡Está helada! — chilló con algarabía Nerea.

— Bah, no seas moñoña.

— No soy... eso, es que está muy fría.

Sisco se sentó en la orilla y metió sus pies en al agua.

— Te vas a resfriar otra vez...

— Qué va, esta mañana estaba más fría.

— ¿Esta mañana? ¿Te has bañado esta mañana?

— Pss, claro, yo me baño todos los días. ¿Tú no? Pues eres un poco mandanga...

— Oye que sí que me ducho todos los días... Pero en la ducha... — Nerea pensó que el túnel no tenía pinta de tener un baño, y pensó que su amigo tenía una vida dura. Se sentó a su lado, sin meter los pies, cogió aire, y le soltó de carrerilla:

— Sisco, ¿por qué vives en un agujero con trampilla en medio del bosque? ¿ No tienes más familia? ¿De qué murió tu madre? ¿Nunca has ido al colegio?

Su tía Loli hubiese llorado de la emoción y de orgullo. Sisco en cambio no dijo nada. Siguió mirando sus pies en el agua. Cogió la caña que tenía al lado, y comenzó a prepararla . Nerea jugaba con la florecita en sus manos y apretaba los dientes. Sentía que había sido imprudente, no tenía que haber hecho esas preguntas. No quería que Sisco se enfadara con ella, en escasos diez días se habían convertido en amigos... ¿Pero si era así, acaso los amigos no se lo cuentan todo? Sisco se rascó la cabeza, alborotándose más el pelo y dejando varios mechones de punta. Miró al infinito y luego a Nerea muy seriamente. Tomó aire, y le dijo:

— Tengo hambre. ¿Tú no?

Nerea le miró, sorprendida. No era la respuesta que esperaba.

— ¿No has traído merienda?

—Eh.. si, si.—suspiró resignada Nerea. Cogió la cesta que había preparado a escondidas y empezó a sacar lo que había traído.

— He traído todo esto. ¿Qué quieres?

—Mmmm una mandarina está bien.

—Será una naranja.

—Supongo, si tú lo dices. Mira que hablas raro. ¿Me pasas el tenechillo ?

Merendaron su fruta en silencio, sin que la caña diera muestras de haber engañado a ningún pez. Nerea se quedó un poco triste, pensativa, porque no sabía cómo preguntar a su amigo otra vez. Lamentaba incluso haberlo hecho en un primer momento. Hasta que Sisco volvió a hablar.

—Mira Nerea, es que... es que ... es que mi madre me dijo que no le dijera nunca nada a nadie.. Que no podía confiar en nadie...

—¡Pero somos amigos!

Sisco le miró y volvió a rascarse el cogote. Nerea recibió su mirada de extrañeza.

—¿No sabes lo que es un amigo?

—Psss, pues claro, pero no entiendo por qué dices que somos eso.

Nerea sintió lágrimas acudir a sus ojos... No se lo podía creer, le decía en su cara que no eran amigos. ¡Después de haber desobedecido a sus padres adentrándose en el bosque, después de llevarle comida durante todos esos días!

En el pecho de Nerea, las lágrimas se encontraron con el orgullo, que es un tío muy feo, se miraron, y se liaron a bofetadas para ver quien ganaba el derecho de asomarse a los ojos de Nerea. Como el orgullo es muy bestia y no le importa nada salvo el mismo, ganó, dejando a las lágrimas llorando en el pecho de Nerea. Así que subió rápido y se asomó a los ojos de Nerea.

—¿Ah sí?, pues, pues, pues yo tampoco quiero ser tu amiga... Ahí te quedas, "chalao".

Nerea se levantó, cogió su cesta y corriendo fue hasta donde estaba Masti. Sintiendo que su dueña le necesitaba, Masti ya estaba preparado. Nerea subió de un salto a su lomo y se marchó galopando.

Al día siguiente Nerea no fue al bosque, se quedó en la granja. Sus padres se extrañaron, pero Nerea les dijo que simplemente no le apetecía, que quería ir a la piscina y jugar con las otras niñas. Sus padres se alegraron; les parecía que su hija pasaba demasiado tiempo sola. Cuando fueron las seis, bajó a la piscina del pueblo.

Nerea llegó y vio a algunas compañeras del colegio. Se sentó con ellas en la hierba y se sintió un poco fuera de lugar. Ellas hablaban de tal o cual chico de tal o cual grupo. Y a Nerea eso le daba igual. Sonreía, pero estuvo callada. Intentó reírse con ellas, pero no eran tan divertidas como Sisco. En la orilla de la piscina, vio una flor crecer que Sisco le había enseñado. "Una cadornia morada". Se le ocurrió decírselo a las demás pero una de las niñas hablaba de un vestido que se había comprado, y Nerea pensó que no venía al caso. Sobre las ocho volvió a casa, bastante abatida.

—Hija, ¿te pasa algo? Llevas tan callada todo el día.

—No, mamá, no me pasa nada, estoy cansada, sólo eso.

Terminó de cenar y se fue pronto a la cama, cosa que no era raro porque Nerea era muy dormilona, por si no os lo había dicho. Así pasaron siete días, y cada día Nerea estaba más apenada por la falta de su amigo.

Antes de irse a dormir esa séptima noche, se asomó a la ventana de su cuarto, aquella que daba al bosque. Nerea sabía que Sisco estaría allí, y le pareció que era un sitio oscuro y aterrador para vivir solo. De hecho, una tarde se lo había preguntado,

—Sisco, ¿no te da miedo estar aquí solo?

—¿Aquí en el bosque? ¿Por qué me debería dar miedo? El bosque nos protege, lo que da miedo es el pueblo, donde tu vives... allí... Allí hay gente mala...

Nerea estuvo a punto de protestar, pero Sisco le estaba enseñando en ese momento como encender un fuego, y Nerea prefirió obviarlo, y seguir con la lección.

Pensaba en esa conversación y en muchas otras que habían tenido mientras miraba por la ventana, cuando de pronto vio algo moverse entre las sombras. Sólo fue un momento, pero lo justo. Era una figura humana, una figura de un niño. Cerró los ojos fuerte y los volvió a abrir, y por un momento pensó que su imaginación le había jugado una mala pasada. Pero no, ¡ahí estaba otra vez! Estaba segura, allí había alguien. No, alguien, no. Allí estaba Sisco. En la linde del bosque. No podía ser otro. ¿Quién iba a estar en el bosque por la noche?

Sin pensar se enfundó unos vaqueros, una sudadera abrigadita y salió por la puerta. Patitas la miró extrañada, tantos vaivenes a esas horas de la noche le incomodaban. Se estiro, y luego volvió a enroscarse encima de la cama. Bajó las escaleras sigilosamente, como ya empezaba a ser habitual. Salió en la noche hacia el establo, y encontró a Masti durmiendo.

—Vamos, vamos, date prisa Masti, ¡creo que le he visto! —en el pecho de Nerea su corazón tocaba una batukada. Subieron la colina en menos de lo que se derrite un helado en agosto.

—Sisco, Sisco ¿estás ahí? — ritó Nerea.

—Estoy aquí —dijo una voz a su espalda.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —otra vez el gen de su tía Loli.

—Yo, estoy bien pero... ¿por qué ya no vienes a verme?

En la voz de Sisco había decepción, y Nerea noto que se le hacía un nudo en la garganta. Bajó del caballo y se le acercó. En las noches de luna llena como aquella, no hacía falta farola ni linterna, porque la claridad inundaba el valle. En los ojos de Sisco había un puñado de lagrimas, y una buena dosis de preguntas.

—No he vuelto por lo que dijiste.. Sisco, me dolió mucho que dijeras eso.

—¿Pero el qué? ¿Qué dije?

—¡Que no éramos amigos! ¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¡Te he estado guardando mis meriendas y yo me conformaba con chupar un limón! —Esto último era exageración pero a Nerea le pareció bien añadir cierto dramatismo.

Sisco la miraba y no entendía nada. Frunció las cejas y dijo:

—Nerea, ¿qué es un amigo para ti?

Nerea le miró, y con toda la rabia que pudo sacar de las tripas, que es ahí donde la fabricamos, en el mismo sitio que la hiel, le espetó:

—Un amigo es con quien te ríes y a quien le cuentas tus cosas, y quien te ayuda y desde luego ¡aquél que te lleva la merienda!

Las cejas de Sisco invirtieron el arco, transformando su expresión enfurruñada en cara de asombro, lo que pilló por sorpresa a Nerea.

—Nerea, yo... Yo creía que un amigo es eso que echas a las plantas para que crezcan.

—¿Quee? ¡Eso es el abono!

El pecho de Sisco se deshinchó, soltando un suspiro de alivio.

—Supongo, si tu lo dices. Mira que hablas raro. —Y sonrió.

Nerea en cambio, seguía empeñada en seguir enfadada.

—¿Pero por qué no me dijiste nada en ese momento?

—¡Pero si te llame! Te llamé fuerte, pero saliste corriendo, con tu jamelgo.

—Hiiii —Masti se sintió aludido por el topo alargado y relinchó para demostrar su desaprobación.

—Eh, no le llames jamelgo, es mi caballo y es mi mejor amigo.

—¿Ah sí? Y yo que creía que tu mejor amigo era yo. —Y sonrió más todavía.

Nerea le miró todavía con fingido aire dolido, pero esa última frase le desarmó y no pudo evitar que media sonrisa se le escapara.

—¡Te estás riendo, te estás riendo! ¡Lo he visto! —canturreaba Sisco.

Nerea le sonrió ya abiertamente. El la miró con satisfacción y dijo:

—Mira que estas ñoc.

—Oye, si no sabes hablar no es culpa mía, no me insultes —aunque no sabía bien que quería decir "ñoc", no le sonaba a halago.

—Melona.

—¡Pero bueno vale ya!

Se quedaron ahí frente a frente, a la luz de la luna riéndose del malentendido hasta que Sisco comenzó a toser de nuevo.

—Será mejor que nos vayamos a casa, o te volverás a constipar. Además es tardísimo, nos vemos mejor mañana.

Al día siguiente Nerea se despertó de un salto. Abrazó a Patitas, que se quejó con un maullido de ese exceso de mimos, pero los soportó estoicamente. Bajo a desayunar y con su mejor sonrisa de luna llena (la debía haber absorbido la noche anterior) dio los buenos días a su madre.

—Buenos días hija., ¡Qué contenta parece hoy!

—Sí, es que he dormido muy bien.

—Ah, pues nada, me alegro. ¿Qué vas a hacer el primer día de vacaciones de la escuela?

—Pues, me voy a ir a cabalgar.

—Ya , qué raro —sonrió su madre. Parecía que por fin Nerea se había olvidado de toda esa historia del niño del bosque.

Tras desayunar y hacer las tareas que le encomendaban, marchó para la colina. Cuando llegó al claro vio la puerta de la trampilla abierta, se asomó y llamó por el túnel. " Siscooooo". No hubo respuesta. Nerea miro alrededor y decidió entrar. En la habitación, como era de esperar, no había nadie. Volvió a salir y se puso a buscarlo por los alrededores del claro.

—¡Sisco, Sisco! —Daba vueltas y vueltas pero nadie respondía, y Nerea se empezó a preocupar.

—¡Sisco, Sisco! —Nerea llamaba sin descanso, yendo de un lado para otro de los alrededores. Comenzaba a angustiarse. ¿Y si le había pasado algo al volver por la noche?

—¡¡¡¡ Siscoooooo!!!!

— ¡¡¡¡Queeeeeeee!!! —le gritó al oído

—¡¡¡Ahhah!!! ¡Menudo susto me has dado!. ¿No has oído que estaba llamando?

—Si claro, te he oído perfectamente, posiblemente en China también te habrán oído. Qué manera de gritar, hay que ver. Estaba recogiendo leña, que ayer se me acabó y hace frío en el agujero. ¿Me ayudas?

Tras guardar la leña que había recogido fueron hacia el río. Se sentaron en la orilla.

—Tengo una sorpresa; antes de venir, me he pasado por el horno. Mira."

—¡Panquemados! ¡Qué bueno! ¿Y chocolate también? —Nerea sonreía y asentía— ¡Qué buena eres Nerea!.

Nerea abrió la boca grande para darle un buen bocado a su bollo, cuando se dio cuenta de que Sisco lo tenía intacto todavía entre las manos. Con cara muy seria, miraba a un punto indefinido. Cerró la boca, no fuera que le entraran mochuelas, y le miró. Sisco siguió observando un punto infinito en medio del azúcar del panquemado, pero comenzó a hablar.

—Vine con mi madre aquí, cuando era muy pequeño. No me acuerdo de mucho, me acuerdo de que llovía. Antes no era así, la trampilla. Había una casa, bueno, las ruinas de una casa. Mi madre la conocía porque decía que venía aquí con su padre a cazar cuando era pequeña. Era un fulgense —y viendo la cara de desconcierto de Nerea añadió—: un sitio donde te puedes guarecer si te pilla la noche en la montaña.

—Un refugio.

—Supongo, si tú lo dices. Bueno el caso es que vinimos aquella noche, y a la mañana siguiente mi madre comenzó a desarmar la casa. Trabajamos y trabajamos, yo era pequeño pero ella cargó todas la piedras que quedaban en pie, que no eran muchas a decir verdad. Cuando terminó de derribar las paredes, empezó a arrancar los tablones del suelo, hasta que dejó sólo la trampilla. El túnel era un fulgense dentro del fulgense. Se ve que lo construyeron en un tiempo donde los hombres peleaban entre ellos, y del cielo caían zambombas.

—Bombas.

—Supongo, si tú lo dices. Por eso está oculto, pero por eso también tiene michena, disimulada en medio del bosque. Mi madre y yo vivimos allí desde entonces. Ella me enseñaba en casa, no quería que fuera al colegio del pueblo. Pero estábamos bien, nosotros dos. Nos iba muy bien, teníamos de todo... Hasta que hace unos meses ella, ella...

Sisco se echó a llorar, y Nerea abrazó a su amigo. Cuando pudo hablar entre las lágrimas, Sisco continuó su relato.

—Se cayó en un principeso que hay aquí cerca.

—Un... precipicio —dijo Nerea bajito.

—Supongo, si tú lo dices. Se cayó, creo que se resbaló por una ladera. A veces con las lluvias se mueve la rieta.

—La tierra —susurró Nerea.

—Supongo, si tú lo dices. Yo la vi al día siguiente. —Lloró Sisco inconsolablemente sobre el hombro de Nerea. Cuando se tranquilizó, Nerea se atrevió a preguntar.

—Pero ¿por qué nunca bajabais al pueblo? ¿Por qué vivir aquí aislados y escondidos?.

—Porque mi madre decía que en el pueblo había gente mala —sollozó Sisco—. Había un hombre malo. Por eso nos vinimos aquí, mi madre le tenía miedo. Estaba asustada, ¡estaba muy asustada Nerea! Ese hombre llegó un día a nuestra casa de antes... Mi madre creía que yo no me acordaba pero sí, sí que me acuerdo ¡Nerea me acuerdo de todo! ¡No lo podré olvidar nunca!

—¿De qué?— dijo Nerea con un hilo de voz.

—De lo que pasó antes de la noche de la lluvia, antes de que nos viniéramos aquí. Ese hombre había venido alguna vez a casa, siempre que venía mi madre me encerraba en una habitación y me decía que me estuviera muy quieto. —Sisco tragó saliva—. Les oía discutir, discutían sobre mí, creo... Creo que el hombre se me quería llevar... y mi madre decía que no y lloraba y gritaba... Una noche, el hombre vino otra vez, volvieron a gritar y el hombre decía que tenía derecho sobre mí y que se me llevaría, y mi madre le dijo, por encima de mi cadáver, y el dijo, como tú quieras... —Sisco calló tras esto... Nerea no sabía si preguntar, pero sentía que su amigo quería seguir hablando.

—¿Qué pasó entonces, Sisco?

—¡Le pegó, Nerea, le pegó mucho! Tanto que los vecinos lo oyeron y llamaron a la policía. Entonces el hombre salió corriendo. Y yo bajé... y él...ella... ella tenía la cara, la boca...desde aquel día mi madre ya no pudo hablar igual. Cuando mi madre salió del hospital empacamos una chamilo cada uno y nos vinimos aquí al bosque. Y ella me dijo que nunca, jamás, fuera al pueblo o el hombre malo vendría por mí.

Ahí estaba, eso lo explicaba todo. Nerea se quedó con Sisco hasta que fue la hora de almorzar.

—Me tengo que ir, pero ...¿ por qué no vienes conmigo, a mi casa? Mi papá es fuerte, nunca te pasará nada, podrías vivir con nosotros y mi madre te cuidaría.

Los ojos de Sisco se iluminaron por un momento pero luego negó con la cabeza.

—No, no, tengo que quedarme aquí.

Nerea volvió a casa derrotada por lo que acaba de oír. ¡ Definitivamente qué vida tan dura había tenido su amigo! ¡Y su pobre madre!

Esa noche de julio, el aire cambió y empezó a soplar desde las montañas con nieves perpetuas. Un viento frío y veloz se adueño de todo el valle. Arrebujada entre las mantas, con Patitas ronroneando a su lado. Nerea pensaba en su amigo, incapaz de poder dormir.

La ventana del cuarto seguía abierta, porque había estado observando el bosque hasta tarde. El sueño se iba adueñando de ella. Poco a poco le pareció ver en el cristal un reflejo anaranjado."¿Ya? ¿Ya es de día?" No podía ser, todo seguía oscuro. Y sin embargo el resplandor naranja era una realidad en el cristal. Extrañada, se levantó de la cama y se asomó a la ventana.

El bosque estaba ardiendo. Casi por completo, las llamas parecían arrasar toda la colina. Sólo la parte más cercana al pueblo parecía todavía intacta, aunque las llamas parecían estar compitiendo para llegar las primeras.

—¡No, Sisco!

Nerea bajó corriendo las escaleras, esta vez sin evitar el ruido, y aporreó la puerta del dormitorio de sus padres.

—¡Papá, Papá, Papá!

—¡Qué pasa, nena qué pasa! —exclamó su padre abriendo la puerta.

—¡El bosque! ¡El bosque está ardiendo!

—¿Qué? ¿Cómo?

Se asomaron a la puerta principal y vieron el cielo de la noche rasgado por el rojo.

—¡Dios! —Sus padres miraban incrédulos su bosque, el bosque del pueblo, arder con furia.

—¡Papá ,tenemos que ir!

—Nerea, cariño, no podemos ir, las llamas son muy grandes, no podemos hacer nada... Mira, ya han llegado los forestales, ellos se encargarán —argumentó Manolo con poca convicción.

—No, no lo entendéis... ¡Sisco está allí! ¡Tenemos que salvarlo!

—¿Quién es Sisco? —preguntó su madre.

—¡El niño! ¡El niño que encontré enfermo, vive allí, en un fulgense antizambombas en el bosque!

—¿Qué dices Nerea? ¿Estás delirando? —los padres de Nerea pensaban que estaba en shock por el trauma.

—Vive allí mamá, vive en un refugio, es un niño de verdad, lo he visto todos estos días de verano, por favor puede estar en peligro.

Nerea tomó aire, y al más puro estilo tía Loli, explicó a sus asombrados padres la historia que Sisco le había relatado esa misma tarde. Mientras hablaba, sus padres se habían puesto ropa encima. y llamaban por teléfono a los forestales para avisar que había un niño en el bosque.

—Tú quédate aquí, vamos a ver si podemos ayudar. —y sin darle tiempo a protestar, cargaron el coche con unas mantas y varios cubos de agua, y subieron la colina.

En las inmediaciones del bosque varios vecinos se habían congregado , incrédulos ante semejante espectáculo. "¡Hay un niño en el bosque!" gritaba el padre de Nerea "¡Hay un niño en el bosque!"

Los forestales oyeron la historia del padre de Nerea, y sólo entendieron lo básico y necesario, que había un niño en el bosque. Dispusieron brigadas para intentar el rastreo, pero no sabían por dónde empezar. La parte del norte, la que daba al pueblo, era la menos afectada pero aun así no podían subestimar el binomio fuego y viento. Era peligroso, debían organizarse bien para no quedar atrapados entre las llamas en la búsqueda.

Mientras intentaban organizarse mejor, Nerea llegó a galope de Masti y antes de que nadie pudiera reaccionar, se metió en el bosque que tan bien había llegado a conocer.

—¡Sisco, Sisco! —se desgañitaba desesperada, y con ella gritaba, mejor dicho, relinchaba, Masti, que olía el humo y oía el crepitar de los troncos quemándose a pocas centenas de metros.

Intentaron llegar al claro, pero no pudieron porque estaba completamente en llamas.

—¡No! ¡No puede ser! —gritó Nerea— ¡¡¡Sisco, Sisco!!!

—¡Estoy aquí! —voceó un tronco, o así lo parecía. Masti lo vio antes que ella, con la cara y el cuerpo tizado, apoyado en un árbol. "Pobre topillo", pensó Masti, "se ha churruscado". Sería un topo, pero le había acabado cogiendo cariño, qué se le iba a hacer.

Nerea le ayudó a subir a lomos del pobre Masti, que, a pesar del peso, salió corriendo como abuelo derrapando por la nieve. A sus espaldas oían el rugido del incendio devorando el bosque, engulléndolo para escupir cenizas. Corrían y corrían, tan rápido que casi no se dieron cuenta cuando llegaron a la colina.

—¡Nerea, Nerea! —llamaban sus padres— ¡Han salido! ¡ Están aquí, están aquí!

Los forestales oyeron el clamor general y llamaron a las unidades que se habían adentrado al bosque para buscarles, y volvieron a centrarse en sofocar el incendio.

—¡Nerea! ¡Estás loca! ¡Cómo se te ocurre! —sus padres le reñían mientras la abrazan fuerte. Levantó la vista Manolo y contempló al niño con la cara tizada que también había salido del bosque a lomos de Masti.

Toda la noche intentaron los forestales controlar el incendio, y únicamente lo consiguieron al amanecer, cuando el viento paró. Medio bosque se había esfumado, por causa del viento. Lo que nunca llegó a aclararse fue el origen del incendio. Las autoridades lo atribuyeron a unas

chispas que habrían saltado de alguna hoguera, de alguna chimenea. No se explicaban sin embargo cómo habría viajado tan lejos una chispa de los hogares del pueblo, sin saber que había una chimenea en el mismo corazón del bosque.

Mientras tanto, Sisco se recuperaba en casa de Nerea, delante de una taza de leche con chocolate. Ante los asombrados padres de Nerea, Sisco relató de nuevo toda la historia, incluida como había llegado a vivir al bosque. Cuando terminó, los padres de Nerea se miraron, apesadumbrados. M^a José acertó a decir:

—Bueno, bueno, no te preocupes por nada... De entrada te puedes quedar aquí con nosotros, que la granja es muy grande y siempre vienen bien otros dos brazos para el campo y el ganado.

—¿Brazos para el ganado? ¿Cuántos brazos le hacen falta para abrir una botella?

—¿Cómo dices?

—Déjalo Papá, es que habla un poco raro. Ganado, Sisco, ganado, las vacas, las ovejas,... lo que tú dices se llama sacacorchos

—Supongo, si tu lo dices. Qué raro hablan ustedes.—dijo Sisco sonriendo.